

Guerra, política y moral: de anteayer a hoy

LUIS G. SOTO¹

Resumen: El objeto del presente trabajo es examinar las relaciones entre la guerra, la política y la moral, desde la Ilustración europea a nuestra Posmodernidad global. Para ello, seleccionamos dos muestras representativas: una defensa política de la guerra, el realismo político, y una defensa moral de la paz, el antibelicismo popular. Analizamos ambos, subrayando sus principales argumentos y mostrando sus consecuencias históricas. Finalmente, abordamos las nuevas guerras de la segunda mitad del siglo XX y el comienzo de este Milenio.

Palabras clave: guerra, realismo político, pacifismo moral.

Abstract: The aim of this paper is to examine the relationships among war, politics and morals from the European Enlightenment to the global Postmodernity. In order to do it, we choose two representative samples: a political defence of war, political realism, and a moral defence of peace, popular attitudes against war. We analyse them both, underlining their most important arguments and showing their historical consequences. Finally, we look at the new wars in the second half of the XX century and at the beginning of the Millennium.

Key words: war, political realism, moral pacifism.

I. La guerra

Para centrar la cuestión, comenzaré aclarando qué voy a entender por guerra y cómo voy a plantear la relación de la guerra con la política y la moral².

Yendo, pues, a la definición de la guerra, me atenderé a una bastante general, que, a mi modo de ver, permite identificar y abarcar, suficientemente, un fenómeno multiforme como son las contiendas bélicas. En esos términos, cabría definir la guerra como «un enfrentamiento armado mortífero entre colectividades»³. En esta definición, podemos distinguir varios elementos, que además son susceptibles de tomar formas diversas. Fundamentalmente son: los sujetos (las colectividades), la acción (el enfrentamiento), sus objetivos (la victoria) y sus instrumentos (las armas). Sólo los sujetos y, en un aspecto concreto, la acción y los objetivos son relevantes a nuestros efectos.

Fecha de recepción: 3 junio 2007. Fecha de aceptación: 10 julio 2007.

1 Luís G. Soto, Facultad de Filosofía, Universidade de Santiago de Compostela, Praza de Mazarelos s/n, 15782 Santiago. Correo electrónico: lfetsoto@usc.es

Sobre esta temática, he publicado recientemente: «Nuevas y viejas ideas sobre la violencia» en M. Agís, C. Baliñas & J. Ríos (ed.), *Concordia y violencia. Una reflexión filosófica para el mundo de hoy*, Universidade de Santiago de Compostela, Santiago, 2007, pp. 83-93 y «La paz, alternativa a la violencia», en G. González R. Arnaiz (ed.), *Ética de la paz. Valor, ideal y derecho humano*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, pp. 53-70.

2 Retomaré (y, en algún caso, remitiré a) algunos temas tratados en: Luís G. Soto, *Paz, guerra y violencia*, Espiral Maior, A Coruña, 2006.

3 *Paz, guerra y violencia*, p. 21.

Un asunto de estado

Los sujetos son «colectividades», más exactamente, colectividades organizadas. Desde hace ya bastante tiempo en la historia occidental, las colectividades contendientes son normalmente «sociedades organizadas en estados». Más aún, en las guerras normalmente no luchan las poblaciones enteras, sino que la contienda se entabla entre los «estados». Decimos normalmente porque caben importantes excepciones. La historia española reciente nos ofrece un ejemplo: la guerra civil (1936-1939), en la que colectividades más o menos organizadas luchan para hacerse con el estado. De todas maneras, en las guerras civiles al menos una de las partes contendientes (o una más que la otra o las otras) suele ser un estado. Por eso, a pesar de todas las variantes existentes, consideramos como sujeto paradigmático al estado⁴.

Los estados, no obstante, no intervienen íntegramente en las conflagraciones: en concreto, los que verdaderamente guerrearán son los gobernantes, el aparato político estatal, y los que efectivamente combaten son los ejércitos, el aparato militar estatal. Esto no significa, sin embargo, que las poblaciones queden de espaldas y al margen de la guerra. Ciertamente, los que luchan son aquellos que encarnan o representan, singularmente (los dirigentes políticos y/o militares) y masivamente (los ejércitos), a los pueblos, sean súbditos o sean ciudadanos. Mas, son las poblaciones las que aportan los recursos económicos y proporcionan los recursos humanos necesarios para llevar a cabo la contienda. Es, pues, el pueblo, en régimen de súbdito o con el estatuto de ciudadano, el que soporta los costes, materiales y personales, de la guerra. Pero no es, en ella, ni el agente directo ni el actor principal.

En resumen, en el occidente contemporáneo los contendientes, normalmente, son los estados y, más en concreto, sus brazos políticos, los gobiernos, y sus brazos militares, los ejércitos. Tales son los sujetos protagonistas de las guerras, mas, para llevarlas a cabo, también normalmente, cuentan con otros sujetos, las poblaciones, los pueblos. Estos últimos sujetos actúan como ayudantes o cooperantes necesarios. Ahora bien, ¿cómo conseguir su ayuda o cooperación, su implicación en la acción? En este punto es en donde intervienen la política y la moral. Para mover al pueblo, o para que este se mueva por su propio convencimiento.

Una cuestión moral, un problema político

Pero, en condiciones normales y salvo circunstancias excepcionales, mover al pueblo a una contienda bélica, o que este se mueva para implicarse en ella, no resulta fácil dada la naturaleza de la acción y la índole de los objetivos de la guerra. Por una parte, la acción consiste en un enfrentamiento mortífero con otros y, por otra, el objetivo (la victoria) entraña la destrucción, al menos parcial, de los contrarios.

La acción, el enfrentamiento, es propiamente una inter-acción: los sujetos contendientes guerrearán unos con otros. Los beligerantes establecen una interrelación agonística, librada con armas letales. Se trata, pues, de un enfrentamiento mortífero: los sujetos realizan, dirigiéndola a sus contrarios, una actividad destructora, cuyo resultado pretendido es, si no la aniquilación, el sometimiento de los adversarios, obtenido a través de la eliminación de una parte de ellos. Esto plantea cuestiones

4 Así, desde este ángulo, se hablaría de contiendas «inter-estatales», «intra-estatales», «supra-estatales» e «infra-estatales» (*Paz, guerra y violencia*, pp. 25-26).

morales (y, consiguientemente, problemas también políticos): ¿qué sentido tiene sacrificarse? ¿qué justifica el sacrificio de la propia vida? Y también mirando hacia los hipotéticos adversarios surgen las preguntas por el sentido y la justificación de la acción de dar muerte o causar la muerte a otros. Morir y matar abren serios interrogantes, a escala individual y colectiva.

Sucede algo semejante con el objetivo, la victoria, cuestionable en sí mismo con frecuencia y, sobre todo, casi siempre por los medios empleados para alcanzarlo. Ciertamente, en la guerra, el objetivo de la actividad destructora no es, salvo excepcionalmente, la destrucción completa del adversario. En general, esa aniquilación volvería inútil la victoria, pues lo que persiguen los vencedores es sujetar con sus condiciones a los adversarios vencidos. Se trata, en suma, de imponer la propia voluntad y de quebrar la voluntad ajena, para lo que se ataca la existencia del adversario, causándole daños materiales lesivos y, sobre todo, daños personales mortales. Estos procedimientos, claro está, pueden —y suelen— convertir en malo y rechazable incluso un fin en sí mismo bueno y loable. En cualquier caso, no dejan de plantear cuestiones morales.

En suma, vista como una acción, la guerra está sujeta al juicio moral. Y, en este sentido, atendiendo a la evaluación y el juicio morales, las guerras pueden ser consideradas «necesarias» y/o «justas» y/o «buenas». Obviamente, también sus contrarios: innecesarias, injustas, malas. Estas calificaciones corresponden a tres perspectivas y doctrinas filosófico-políticas acerca de la guerra: el «realismo político», la «guerra justa», y la apología de la guerra, que podríamos denominar «belicismo». Su contrario, y contradictor, es el pacifismo. Todas estas doctrinas, aunque algunas de ellas o a veces lo nieguen, pueden ser contempladas como posiciones morales. Constituyen, a grandes rasgos, el repertorio de apelaciones y de recusas a la guerra.

De anteaer a hoy

Todas estas posiciones tienen una larga tradición histórica, política y filosófica⁵. Obviamente, con grandes variaciones, es posible rastrearlas en la antigüedad y en diversas civilizaciones. A nosotros nos interesan, fundamentalmente, sus formulaciones en la contemporaneidad occidental, es decir, en el tiempo que va desde la Ilustración europea a la posmodernidad global⁶. No pretendemos, aquí y ahora, examinar las diferentes fórmulas políticas y morales con que se justifica y con que se rechaza la guerra. Nos contentaremos con recordarlas en general, centrándonos en sólo dos: una justificación política y un rechazo moral de la guerra. O sea, en un tipo o modelo de justificación, una doctrina política, y un tipo o modelo de rechazo, una actitud moral. En ese repaso, apuntaremos además algo sobre la forma cambiante de la guerra.

La elección del realismo político y del antibelicismo popular obedece a motivos pragmáticos: nos permiten abordar de modo esquemático e ilustrativo las relaciones entre la guerra, la política y la moral en estos dos siglos y pico. Ambas posiciones representan constantes históricas⁷, con mayor o menor vigencia a lo largo de este período y con marcado vigor en nuestros pagos y nuestros días. En términos históricos y en los de nuestro presente, constituyen, pues, posiciones suficientemente representativas. Como lo son también el belicismo, la guerra justa y el pacifismo.

5 José García Caneiro & Francisco Javier Vidarte, *Guerra y filosofía. Concepciones de la Guerra en la Historia del Pensamiento*, tirant lo blanch, Valencia, 2002.

6 Una caracterización panorámica y telegráfica, que incide también en lo político-militar: Carlos Taibo, *Cien preguntas sobre el nuevo desorden*, Suma de Letras, Madrid, 2003, 3ª ed.

7 «Constantes históricas»: presencias constantes, no formas invariantes.

Pero el realismo político y el antibelicismo popular sirven para escenificar muy gráficamente la contraposición (el contraste de pareceres y de intereses) entre los gobernantes y el pueblo, entre el estado y la población.

Hay, con todo, en esa escenificación un riesgo de equívoco, al contraponer una doctrina política, sostenida por los políticos, y una actitud moral, sustentada por la gente: identificar y asimilar, por una parte, estado y política y propensión a la guerra y, por otra parte, pueblo y moral y aspiración a la paz. Semejantes asociaciones son, sin duda, falsas. Basta recordar las otras doctrinas: la rai-gambre estatal y popular de los belicismos, así como de la guerra justa, aunque esta se juzgue más próxima a la perspectiva del estado, y del pacifismo, aunque este se vea más cercano a la acción del pueblo. Estas otras posiciones gozan de una relevancia histórica y presente más que notable: incluso el belicismo, que nos puede parecer extraño en nuestro occidente contemporáneo, fue, y más de una vez, hegemónico en nuestra propia historia, plagada de guerras. Por este motivo, aunque metodológicamente prescindamos de ellas, tampoco podemos olvidarlas, si no queremos caer en una simplificación o un reduccionismo falseadores de la dialéctica política y moral, habida y posible, en torno a la guerra.

II. El realismo político

Entre las doctrinas que tienden a justificar las guerras, aunque lo haga selectivamente, se cuenta el realismo político. En cambio, el belicismo⁸, aunque no admite todas las conflagraciones, apenas pone trabas al recurso a la guerra⁹. Entre este y el pacifismo, enemigo declarado de cualquier beligerancia, el realismo político representa una vía intermedia. Como la doctrina de la guerra justa, que justifica algunas contiendas, en este caso, las consideradas justas.

El realismo es una posición muy asentada en la práctica política en la historia occidental. Tuvo y tiene diversas formulaciones filosóficas y distintas realizaciones políticas. Es bien patente, sin pertenecerles en exclusiva, en los regímenes occidentales contemporáneos. Constituye una posición típica de los gobiernos y los estados y, en general, de los políticos. Podemos hallarle un equivalente (y un complemento) en el «realismo moral»¹⁰, propio de los individuos y las colectividades.

A pesar de su variedad, el realismo político mantiene, con respecto a la guerra, una doctrina bastante uniforme¹¹. En efecto, en cuanto a sus rasgos generales, encontramos por todas partes epítomes con unas notas casi comunes. Son, históricamente, bastante constantes y, en la actualidad, están ampliamente vigentes. Para realizar nuestra caracterización partimos de un clásico al respecto, Clausewitz¹², y

8 Es decir, los belicismos (*Paz, guerra y violencia*, pp. 45-47).

9 Por ejemplo, Giorgio Del Vecchio, *De la guerra y la paz*, trad. cast. Mariano Castaño, Editorial Reus, Madrid, 1912, 2005 (en especial, «El fenómeno de la guerra y la idea de la paz» (1909), pp. 5-125, y «La bondad de la guerra» (1912), pp. 161-164).

10 Según la definición y caracterización realizadas por Jean Piaget en sus investigaciones sobre el desarrollo del juicio moral en la infancia: Jean Piaget, *El criterio moral en el niño*, trad. cast. Núria Vidal, Martínez Roca, Barcelona, 1987 (en concreto, «La presión adulta y el realismo moral», pp. 91-165, en especial, pp. 146-165).

11 En *Pensar la guerra*, Clausewitz (v. I *La edad europea* y v. II *La edad planetaria*, trad. cast. Brigitte de Lacoste de Laval, Ministerio de Defensa, Madrid, 1993), Raymond Aron estudia y profundiza en el pensamiento (militar-político) de Clausewitz (v. I *La edad europea*) y lo actualiza y aplica al siglo XX (v. II *La edad planetaria*).

12 Carl von Clausewitz, *De la guerra*, trad. cast. Carlos Fortea, La esfera de los libros, Madrid, 2005. Versión íntegra del original alemán, que tiene en cuenta las ediciones primera (*Vom Kriege*, Ferdinand Dümmler, Berlin, 1832) y segunda (1853).

tenemos en cuenta además el eco de sus planteamientos en Foucault, a cuyas indicaciones y reflexión sobre la intrincación y la continuidad entre lo militar y lo político en la modernidad ilustrada occidental atendemos, así como a su propia formulación¹³. De alguna manera, leemos a Clausewitz con los ojos de Foucault, y a este oyendo la voz de aquel. Conforme a nuestro propósito, seguimos¹⁴, aunque sea a grandes zancadas, una línea que va de anteayer a hoy.

En síntesis¹⁵, desde la perspectiva realista la guerra: (1) se ve como un elemento de la política; (2) se supedita al interés colectivo; (3) no es susceptible de juicio moral. Estos tres puntos contienen lo esencial de su doctrina bélica. Para examinarla, habrá que explorarlos con algún detalle.

Antes, hablando aún en general, conviene fijarse en que el realismo (1) subordina lo militar a lo político y (2) vincula la guerra a los intereses generales, pero (3) tiende a hurtarla a la opinión y el debate públicos. En este sentido, es una perspectiva típica de los dirigentes, que se corresponde con su lugar de privilegio en el gobierno de la sociedad. Por supuesto, ocasionalmente también la puede adoptar el pueblo, sea súbdito o ciudadano. Conecta, como dijimos, con el realismo moral popular, que entre otras cosas supone la aceptación (interesada) de la heteronomía¹⁶: no cuestionar el gobierno de los que mandan (... con la esperanza de que la obediencia produzca algún beneficio).

Muchas veces, por tanto, la perspectiva realista es privativa de los gobernantes. Tal acontece en los regímenes en que estos toman las decisiones por su cuenta y riesgo. Por el contrario, en nuestras democracias, aquellos necesitan el refrendo de los gobernados. En este caso, no es posible esquivar el debate público. Y el realismo, con las decisiones realistas, se somete a evaluación. En todo caso, como veremos, aunque de hecho pueda saltarse o toreadse, nunca cabe en verdad ahorrarse la confrontación de pareceres.

*La guerra, parte de la política*¹⁷

Los realistas consideran la guerra como un elemento posible de la acción política. Es decir, entienden que, en determinadas circunstancias, la guerra puede ser el medio adecuado, sea el más conveniente o sea el único existente, para alcanzar los fines de la política. En esas condiciones, los gobernantes, que siempre tienen a su disposición el recurso a las armas, «deben» hacer efectiva esa posibilidad. No obrar así sería, para los realistas, una imprudencia, que suma necesidad, imprevisión y temeridad. Ahora bien, por otra parte, la guerra factible tiene que ser, por lo menos tendencialmente, una contienda integrable en la política. Pero, ¿en qué política?

13 De Michel Foucault, atenderemos a tres textos: *Surveiller et punir: naissance de la prison* (Gallimard, Paris, 1975), *Histoire de la sexualité I. La volonté de savoir* (Gallimard, Paris, 1976) e «*Il faut défendre la société*» (Gallimard-Seuil, Paris, 1997). En este último, un curso dictado en 1975-1976 en el Collège de France, Foucault se ocupa extensamente de la guerra. En español fue editado, sin aparato crítico, con el título *Genealogía del racismo* (trad. cast. Alfredo Tzveibely, La Piqueta, Madrid, 1992).

14 *Paz, guerra y violencia*, pp. 31-38.

15 De modo semejante, incide José Luis Villacañas en *La nación y la guerra. Confederación y hegemonía como formas de concebir Europa*, Diego Marín, Murcia, 1999: «El difícil equilibrio de Clausewitz», pp. 163-189, en especial, pp. 163-172.

16 Jean Piaget, «La presión adulta y el realismo moral», op. cit., p. 93.

17 Significativamente: «La guerra es un instrumento de la política» (Carl von Clausewitz, op. cit., pp. 668-674).

Pues bien, los realistas ven la política de un modo muy semejante a la guerra. De hecho, para el realismo, la guerra es, según una célebre sentencia, una continuación de la política por otros medios¹⁸. Y viceversa: la política, una continuación de la guerra por otros medios¹⁹. Entre ellas existe, pues, una continuidad: es decir, cada una es continuable por la otra. Este paso franco, y hasta fácil, entre una y otra, o de la una a la otra, es indicio y efecto de una semejanza.

Desde la concepción realista, la política, como la guerra, se entiende como un juego de fuerzas. En él, los contendientes defienden y arriesgan sus posiciones y sus intereses. Propiamente, sólo contienden fuerzas en la guerra: sólo la militar es fuerza estricta (o sea, física). La política, sin embargo, engloba, bajo el nombre de fuerzas, las diversas agencias sociales (económicas, políticas, culturales, etc.). Ahora bien, estas actuarían como fuerzas, no teniendo otro límite, ni otra brújula, que su potencia en su actuación.

De todas maneras, no interactuarían totalmente a ciegas, aunque siempre queden elementos varios, a veces grandes y muchos, fuera de control. En efecto, los choques de fuerzas se dan en coordenadas estructurales y siguiendo los auspicios de actores relevantes. Son los agentes, las instituciones, las organizaciones,... incluso, a veces, los individuos singulares. Todos estos sujetos, aunque no lo controlan, sí orientan el juego dentro del marco sólo relativamente cerrado (con lindes sólo relativamente definidas) de las estructuras. Esas son, fundamentalmente, las reglas del juego.

Pues bien, más o menos sabedores, los sujetos metidos en la lucha juegan sus bazas, mueven sus fichas, para alcanzar sus fines. En este contexto, la guerra puede ser un recurso, preferible a cualquier otro, para conseguir las finalidades pretendidas. Que, en abstracto, son preservar el ser y/o incrementar el poder propios. Cosa que, en concreto, se traduce en objetivos concretos: económicos, políticos... Una guerra, obviamente, puede servir para alcanzar tales objetivos.

Para el realismo, pues, una empresa bélica, si permite obtener ventaja o evitar desventajas sin ulteriores consecuencias negativas, constituye una hipótesis plausible en el plano político. En esas condiciones, la guerra es algo que no sólo cabe, sino algo que debe entrar en la política. Es decir, no sólo cabe como cálculo y como escenario, como guerra posible, en la arena política. Esa es la actitud realista en condiciones normales. Pero, las circunstancias favorables hacen que la hipotética conflagración deba pasar a formar parte, como guerra efectiva, de la acción política. En síntesis, en la perspectiva realista, si es posible y conveniente, la guerra debe ser hecha.

Este peculiar deber resulta, pues, de la posibilidad y la conveniencia. O sea, el hecho de poder y el hecho de convenir configuran este deber político de optar por la guerra. Obviamente tal deber recae, eminentemente, sobre las cúpulas dirigentes, políticas y militares. Ellos, gobernantes y estrategas, son los que toman la decisión, que puede ser, o no, más o menos refrendada, o hasta compartida, por el conjunto de la colectividad. Ahora bien, para obtener su apoyo, los dirigentes suelen presentar la guerra, al pueblo, no como «posible y conveniente» sino como «necesaria». Todavía más, como necesaria para el interés colectivo.

18 Carl von Clausewitz, op. cit., p. 31.

19 «Es posible que la guerra como estrategia sea la continuación de la política. Pero no hay que olvidar que la «política» ha sido concebida como la continuación, si no exacta y directamente de la guerra, al menos del modelo militar [...]. La política, como técnica de la paz y el orden internos, ha tratado de utilizar el dispositivo del ejército perfecto, de la masa disciplinada, de la tropa dócil y útil, [...]. La época clásica vio nacer la gran estrategia política y militar según la cual las naciones afrontan sus fuerzas económicas y demográficas; pero vio nacer también la minuciosa táctica militar y política por la cual se ejerce en los Estados el control de los cuerpos y de las fuerzas individuales. [...] Los historiadores de las ideas atribuyen fácilmente a los filósofos y a los juristas del siglo XVIII el sueño de una sociedad perfecta; pero también ha habido un sueño militar de la sociedad [...]» (Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, trad. cast. Aurelio Garzón del Camino, Siglo XXI, Madrid, 1986, 5ª ed., pp. 172-173).

Encontramos en ese punto, característico del realismo, otra restricción, un freno al belicismo. La otra, el otro freno, estaba en la requerida integrabilidad de la guerra en la política. En efecto, para los realistas, la guerra es un momento, no la culminación, de la política. En su óptica, deberá evitarse, por lo tanto, aquella contienda que pudiera convertirse en un camino sin retorno, o que comprometiese seriamente el desarrollo de la política.

*La guerra, bien de todos*²⁰

La vinculación entre la guerra factible y el interés colectivo es, para el realismo, algo fundamental. En otras palabras, la guerra debe hacerse por el bien de todos. No obstante, esto no significa que la contienda necesariamente derive en beneficio de la población. Ni tampoco significa que el pueblo necesariamente tome parte en la decisión de guerrear.

Sin duda, casi siempre las guerras obedecen, o por lo menos atienden, a intereses particulares. Los de los agentes sociales (económicos, políticos) prominentes y dominantes. De estos intereses participan, más o menos, las cúpulas políticas y militares. Sin embargo, para hacer la guerra es imprescindible el concurso del pueblo. Aún más, el apoyo popular es fundamental para el éxito en la contienda. Por eso, el realismo apunta la necesidad de conectar los intereses particulares con los generales y comunes. O, por lo menos, habrá que intentar hacerlos pasar, los particulares, por el interés colectivo.

Ambas soluciones son, evidentemente, bastante diferentes. Mas, en cualquier caso la guerra practicable deberá ligarse, aunque sea sólo en apariencia, al bien de todos. Por tanto, para el realismo, las contiendas deben ser libradas en favor de y/o en nombre de la colectividad. En favor de ella, si responden al interés general y común o, aun, si el bien de algunos es de tal magnitud que afecta al interés colectivo. En nombre de ella, si la población cree, o se le hace creer, que la conflagración repercutirá en su beneficio.

Ahora bien, todas estas consideraciones pueden hacerlas, y resolver, unilateralmente los dirigentes. Ellos, gobernantes y estrategas, serán entonces los que evalúen la implicación de la colectividad y, en consecuencia, estimen la pertinencia, o no, de la conflagración. Es lo que acontece en los regímenes llamados autocráticos. Por el contrario, la situación resulta más complicada en los sistemas democráticos. Es decir, cuando la población tiene voces (la opinión pública, la representación política, las organizaciones partidarias y sindicales, entre otras) que expresan sus intereses. Y, entre estos, puede estar el interés de no guerrear.

Sin duda, son muchas las cosas que pueden constituirse en intereses generales y comunes de una colectividad. Bienes de todo tipo (económicos, políticos y culturales), aun estando (y siguiendo) prioritariamente ligados a particulares, pueden convertirse en objeto de interés y ocasión de beneficio para todos. Sin embargo, son pocos los bienes que, a ojos del pueblo, convierten la guerra en aceptable, como el medio para conseguirlos. Es decir, cuando es una guerra el precio que hay que pagar, entonces muchos de los objetivos posibles no resultan admisibles. Sus costes sociales los convierten en socialmente inadmisibles.

Verdaderamente, resulta muy difícil obtener la aquiescencia de una población para una empresa bélica, excepto si lo que en ella está en juego es la propia existencia de la colectividad²¹. Ante la

20 Sobre «la nación en armas»: «Levantamiento popular» (Carl von Clausewitz, op. cit., pp. 510-516).

21 «Sin embargo, nunca las guerras fueron tan sangrientas como a partir del siglo XIX e, incluso salvando las distancias, nunca hasta entonces los regímenes habían practicado sobre sus propias poblaciones holocaustos semejantes. Pero este

guerra, la seguridad es el único bien auténticamente común: el único interés efectivamente colectivo, porque afecta del todo a todos. Sólo porque ya está en peligro, vale la pena poner en peligro la existencia. Ahora bien, si el peligro disminuye, entonces otros bienes (económicos, políticos o culturales) pueden constituir intereses generales y comunes, ansiados y conseguibles, para una colectividad. En este punto, sin embargo, pueden y suelen aparecer las consideraciones morales, cuestionando la empresa bélica. Que, no rara vez, resulta moralmente descalificada por la opinión de la gente: como asesinato, latrocinio, piratería, entre otras denominaciones.

Eso no sucede en los regímenes autocráticos. En ellos, los dirigentes definen, autoritariamente y/o paternalistamente, el bien del pueblo. Sólo entre aquellos, en la cúpula de la sociedad, cabe la pugna y el debate. Que afuera y abajo, al pueblo, la decisión llegue hecha, no implica, sin embargo, que quede libre de evaluación y juicio moral. En los sistemas democráticos, no obstante, las cuestiones éticas y políticas en torno a la guerra afloran, si no por necesidad, sí con facilidad. Este es otro caballo de batalla del realismo, que intenta ahorrarle, a la empresa bélica, la carga de los juicios morales.

*La guerra, ajena a la moral*²²

El realismo político pretende esquivar la evaluación moral, bien en el ámbito general de la política bien, sobre todo, en el caso concreto de la guerra. Sin duda, lo primero, prescindir de toda evaluación moral, no es plausible ni posible en un contexto democrático. Pero lo segundo, no juzgar moralmente una guerra, sí lo es. Cabe siempre entonces, por lo menos, intentarlo.

El primer, y más contundente, argumento realista alega la necesidad inexorable unida a la utilidad colectiva de la contienda. Así, contra los que quieran juzgarla moralmente, los realistas afirmarán que la guerra, aquella en cuestión, es necesaria por y para el interés colectivo. En estas condiciones, dicen los realistas, no cabría examinar la bondad/maldad ni la justicia/injusticia de la conflagración. Esto, en algún caso, es más o menos cierto. Especialmente, cuando la necesidad es realmente inexorable y el interés prácticamente irrenunciable.

Por una parte, la necesidad debe ser tal que, aun siendo una suma de posibilidad y conveniencia, no admita alternativa. O sea, la guerra tiene que ser, además del último, el único recurso. Si no es así, la guerra puede ser contestada, postulándose otros medios para alcanzar los mismos fines. Por otra parte, además, estos tienen que ser efectivamente englobantes y, prácticamente, irrenunciables. Si no están compartidos y/o son prescindibles, los fines pueden ser cambiados, volviéndose la conflagración, entonces, innecesaria.

Ahora bien, de los muchos posibles intereses generales y comunes, el último al que puede renunciar una colectividad es a la existencia. Siendo esta el precio, la seguridad, como protección y garantía de la existencia, constituye el interés colectivo primero y último. Ciertamente cualquier otro bien, que aparezca como condición para la existencia, puede adquirir valor general y

formidable poder de muerte [...] aparece ahora como el complemento de un poder que se ejerce positivamente sobre la vida, que procura administrarla, aumentarla, multiplicarla [...]. Las guerras ya no se hacen en nombre del soberano al que hay que defender; se hacen en nombre de la existencia de todos; se levanta a poblaciones enteras para que se maten mutuamente en nombre de la necesidad que tienen de vivir» (Michel Foucault, *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, trad. cast. Ulises Guiñazú, Siglo XXI, Madrid, 2ª ed., p. 165).

²² Con esta fórmula, recordamos a un clásico del realismo político: Maquiavelo, que proclama la autonomía de la política, liberándola de la tutela de la moral. Una lectura reciente, que subraya este aspecto: Manuel Fortes Torres, *Maquiavelo*, Baía, A Coruña, 2006.

convertirse en interés colectivo. Pero este interés, sólo en la hipótesis de ser determinante para la existencia colectiva, será englobante e irrenunciable. De no ser así, sólo la seguridad compromete irrecusablemente a la colectividad.

En definitiva, ante la guerra, sólo en los supuestos límites de «fuerza mayor» y «estado de necesidad» es prescindible el juicio moral. O sea, cuando no hay medios alternativos (fuerza mayor) y se trata de fines insoslayables (estado de necesidad). Ahora bien, en estos supuestos, cabe pensar que el juicio moral se sigue de suyo y que, por eso, la guerra resulta admisible²³. Entonces, no es que sea prescindible, es que no precisa formularse. La evaluación moral se hace con la apreciación de la situación, yendo implícita en la resolución consiguiente.

Fuera de estos supuestos límites, en los que lo moral aparentemente está ausente, casi no es posible evitar el juicio moral. Por eso, el realismo intenta presentar cualquier contienda bajo la hipótesis de la fuerza mayor y el estado de necesidad. Si no lo consigue, tiene que rebajar sus miras. El realismo intentará, entonces, suspender transitoriamente, y no ya suprimir completamente, la evaluación ético-política de la empresa bélica. Es el expediente más habitual en el occidente contemporáneo. Es lo que se hace con las guerras que, como suele acontecer, no pueden pasar por cruciales.

La argumentación realista va encaminada, entonces, a someter a la consideración popular no la guerra presente sino sólo la paz ulterior. Lo que cabrá juzgar, pues, es la situación resultante, esperablemente la salida de la victoria (o, si no, la coyuntura producida por la derrota o el armisticio). De lo que se trata es de hacer ver la acción bélica, no poniendo los ojos en la actividad, sino en su resultado. Lo pretendido es velar el acto en curso y mostrar, exponer a examen, el hecho concluido.

Esta simplificación reduce el debate moral a la bondad/maldad y justicia/injusticia de los resultados bélicos. A propósito de la guerra sólo sería planteable una cuestión técnica, su eficacia/ineficacia para conseguir los fines propuestos. Sin embargo, la gente tiende a problematizar moralmente también los medios. Y, en mayor o menor medida, a corresponsabilizarse de las contiendas. Porque en las democracias, las poblaciones son partícipes y sostenedoras de las acciones de los gobernantes. Con cuyos designios también chocan: en cuanto a los objetivos, pues, también puede haber diversidad de intereses.

Tales circunstancias propician la discrepancia y el debate, en los que las razones morales, con mayor o menor éxito, salen al paso de las argumentaciones realistas²⁴.

III. El antibelicismo popular

Según vimos, el realismo político es una posición típica de los gobiernos y los estados, es decir, de los políticos. Mas estos no siempre son secundados por las poblaciones: por ejemplo, y especialmente, a la hora de meterse en una conflagración. Modernamente, el pueblo, al tener que llevar el peso de la contienda, comenzó, en la medida de sus posibilidades, a oponerse a las guerras: muchas veces, sólo sordamente, ciegamente²⁵. Este proceso comienza ya en el siglo XVIII, al irse

23 De facto, estaríamos ante dos supuestos de «guerra justa», mas sin la argumentación moral correspondiente: la guerra defensiva y la guerra revolucionaria, que gozan de bastante aceptación (*Paz, guerra y violencia*, pp. 59-61 y pp. 63-65, respectivamente).

24 Una crítica filosófica general a la doctrina bélica del realismo político (y no sólo): José García Caneiro, *La racionalidad de la guerra. Borrador para una crítica de la razón bélica*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

25 Sobre la gestación y desarrollo en el siglo XIX de lo que llamamos antibelicismo popular: Nuria Sales, *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos*, Ariel, Barcelona, 1974 (en especial, lo referido a Francia, pp. 139-206, y a España, pp. 209-277).

estableciendo los ejércitos nacionales, integrados por el pueblo en armas, es decir, por soldados reclutados, no voluntarios, extraídos generalizadamente de la población²⁶. También por esa época, entre los siglos XVIII y XIX, las guerras se hicieron más mecánicas y masivas, aumentando significativamente la destrucción y la mortandad ocasionadas. Así se fue formando, en la sociedad occidental, como resistencia y como respuesta a las conflagraciones, un antibelicismo popular, de contornos vagos y con eficacia variable, pero con el que, ante una hipotética contienda, tiene que lidiar la política de gobiernos y estados²⁷.

En el occidente contemporáneo, no les resulta fácil a las democracias lanzarse a la guerra. Desde inicios del siglo XX, las empresas bélicas encuentran importantes desistimientos y resistencias en la población. La memoria y las secuelas de las conflagraciones, así como las teorizaciones y movimientos pacifistas, han propiciado, en la opinión común, corrientes y posicionamientos antibélicos²⁸. Es más, aunque no siempre hayan prevalecido, las actitudes populares son, sin embargo, grandemente anti-bélicas.

El antibelicismo popular descansa en consideraciones morales básicas sobre la guerra. Son fundamentalmente tres, relativas a los daños, los riesgos y los costes bélicos. Alternativamente o conjuntamente, constituyen los argumentos²⁹ que, en la opinión común, encontramos contra la guerra. El pueblo, la gente, se opone a las contiendas, sobre todo, por motivos egoístas, mas no carentes de legitimidad y tampoco exentos de altruismo. Sus formulaciones habituales son simples y toscas³⁰. Mas no resultan fácilmente contestables.

El argumento ontológico

La primera argumentación es de corte ontológico: va contra la guerra en sí misma, contra el hecho mismo de guerrear. Lo que se condena y rechaza es la actividad guerrera, considerándola un crimen. En esta perspectiva, las conflagraciones son básicamente homicidios, perpetrados colectivamente y a gran escala. Hacer la guerra consiste en matar a gente, y matar a semejantes es algo que moralmente está mal, sea a nivel individual sea a escala colectiva. En resumen, se equipara la guerra, ora plenamente ora tendencialmente, al asesinato. Cosa que motiva su condena y produce su rechazo.

Incluso cuando se descarta la equiparación con el asesinato y se la califica como homicidio justificado, la guerra sigue siendo difícil de admitir y asumir. Pues el daño causado, la muerte, supone e implica una gran responsabilidad, individual y colectiva. Porque es un daño irreversible y lo que, en general, cada persona, pensando en sí misma, más rechaza. Y, en la guerra, ese daño se le inflige a un gran número. En consecuencia, las empresas bélicas plantean cuestiones graves, que originan malestar social y encuentran voces discordantes.

26 Nuria Sales, «La desaparición del soldado gentilhomme», op. cit., pp. 9-56.

27 Una intervención filosófica sobre el miedo (más bien, el pánico) y su gestión política: José Blanco Regueira, *Estulticia y terror*, Instituto Mexiquense de Cultura, México, 2002.

28 Integran y conforman lo que llamaríamos un «imaginario social» (Ángel Enrique Carretero Pasín, *Pouvoir et imaginaires sociaux*, L'Harmattan, Paris, 2006: «L'imaginaire social, une nouvelle perspective pour aborder la réalité sociale», pp. 105-183).

29 Argumentos ontológico, teleológico y deontológico: *Paz, guerra y violencia*, pp. 38-41.

30 De esos argumentos (ontológico, teleológico, deontológico), tenemos un buen ejemplo, una amplia muestra, en los noes morales a la «mili» en los últimos veinticinco años del siglo XX en España (Luis G. Soto, «Inicios e indicios de una moralidad cosmopolita», in *Daimon. Revista de Filosofía*, nº29, Universidad de Murcia, 2003, pp. 123-136).

En definitiva, para resultar admisible y asumible, una conflagración tiene que aparecer como un homicidio verdaderamente justificado. Y aun, en este caso, habrá quien la condene como matanza y se niegue a matar.

El argumento teleológico

La segunda argumentación es de índole teleológica: mira a las consecuencias, los efectos que la contienda pueda tener sobre el beligerante. No se condena la guerra en sí misma: se la rechaza por sus posibles consecuencias. Exactamente, por los efectos lesivos que a uno mismo, no a los otros, pueda acarrear. En esta perspectiva, lo que el agente toma en consideración son los riesgos que él mismo puede correr entrando en una conflagración. Es una perspectiva egoísta (mas no por ello ilegítima): no se tiene en cuenta al adversario, excepto para evaluar el daño que uno mismo podría recibir.

Para esta argumentación, pues, no es importante que, en la guerra, se haga daño a otro, ni cómo ni cuánto. Lo relevante es el riesgo que corre el beligerante, su temor ante el perjuicio esperable. Este daño, la muerte y el dolor recibibles, podría llegar por vía tanto directa como indirecta. Directamente, como efecto inmediato de la contienda, es decir, por la acción homicida del contrario; indirectamente, como consecuencia mediata de la conflagración, sobre todo, por la degradación del ambiente (incluso a causa de las acciones propias).

El daño vendría, pues, no sólo de la potencia e inhumanidad del adversario, sino, y sobre todo, del hecho de quedar la guerra fuera de control. Del hecho de escapársele de las manos a los contendientes. En este sentido, en una hipotética conflagración atómica, el descontrol y, por lo tanto, los riesgos serían máximos. En resumen, lo que motiva el argumento, no es tanto el temor al enemigo como a la guerra misma. Es esta, la beligerancia, la que es rechazada.

El argumento deontológico

La tercera argumentación es de tipo deontológico: atiende a la disposición del sujeto, la voluntad de la población que debe mantener la contienda. Según esta perspectiva, tiene que ser el pueblo, la gente, quien tiene que decidir hacer la guerra, porque es quien soporta los costes bélicos. Y estos, por ser muy gravosos, normalmente llevarán a la gente a rechazar la contienda. En primera instancia, pues, la guerra no es condenada, mas en segunda y última instancia, normalmente, es rechazada. Por no querer arrostrar el sacrificio que comporta, incluso sin considerar los beneficios que podría reportar. Tildamos de egoísta esta argumentación, porque lo que contempla es la perspectiva del sujeto agente. Ahora bien, este lo que pretende es legítimamente, reclamando sus derechos, hacer valer sus intereses.

La vindicación del derecho a decidir deriva de la importancia de lo que se pone en juego, la vida misma. Ahora bien, esta se juega colectivamente, pero también, inevitablemente, individualmente. De ahí, la existencia de dos niveles de decisión, el colectivo y el individual. Ambos son pertinentes, pero también irreductibles. Ni la decisión colectiva ni la decisión individual están en condiciones de solapar, y suprimir, una a otra. Y ninguna de las dos admitiría ser delegada. En resumen, ante la guerra, el pueblo en conjunto, pero también cada persona, tendrían el derecho a decidir.

Pues bien, la restricción, habitualmente el secuestro, de esa capacidad de decisión, popular y personal, convierte en rechazable, incluso inadmisibile, una conflagración. En esta perspectiva, en cambio, la decisión de guerrear no puede ser sólo gubernamental. Decidiendo por su cuenta y

riesgo, los gobiernos realizan una apropiación indebida o, por lo menos, excesiva de la soberanía política, así como una usurpación de la autonomía moral individual.

Por un lado, se le sustrae la soberanía política a su detentador último, la población. Que en el caso de la guerra, como en algunos otros, debe ser su detentador efectivo. Es decir, la decisión de guerrear debe recaer en la voluntad popular. Por otro lado, la decisión gubernamental, con o sin consulta popular, afecta a la autonomía personal. En nombre de esta, el individuo puede, y suele, negarse a la guerra.

Desde esta perspectiva, la única contienda aceptable sería la plenamente decidida, a escala colectiva y a nivel individual. No siendo así, existen motivos fundados para el rechazo.

Antibelicismo, pacifismo

En los regímenes occidentales, las críticas a la guerra vertidas por la opinión corriente conocieron, aunque irregularmente, una expansión y una eficacia crecientes a lo largo del siglo XIX y, sobre todo, en el XX (que afortunadamente continúan en el XXI). En concreto, propiciaron la formación de corrientes y movimientos pacifistas que, incluso no siendo mayoritarios, impidieron la generalización, entre la población, de las actitudes belicistas. Ante las empresas militares, el pueblo adopta posiciones varias y contrarias. No se debate sólo entre la adhesión fanática y la aceptación fatalista, la gente opta también por posicionamientos pacifistas³¹.

Como respuesta a la guerra, el pacifismo es una alternativa compleja: abarca discursos, propuestas, tareas y prácticas, no sólo múltiples, sino también heterogéneas. Los diversos planteamientos pacifistas se originaron, sobre todo, en el ámbito de la filosofía y en los entornos de la religión y la política³². Sólo después, con su vulgarización y popularización, entran, esos planteamientos, en el juego político, sea en el nivel de las instituciones³³ o sea bajo la forma de movimientos. Y sólo entonces puede hablarse, verdaderamente, de pacifismo: es decir, cuando este efectivamente, socialmente, representa una «contra-fuerza» a la propensión y las derivas hacia la guerra.

Desde el siglo XX, el pacifismo tiene relevancia institucional, constituye un movimiento social y cuenta con un *corpus* doctrinal³⁴. Aunque algunas corrientes no excluyen, y hasta justifican, el empleo de alguna violencia, la regla general dentro del pacifismo es la búsqueda de alternativas a la guerra y, también, a la violencia. Lo que se pretende es, sin la una ni la otra, resolver los conflictos, frenarlos en su generación, trastocarlos en su desarrollo. A esta tarea consagran sus afanes agentes varios y muchos³⁵. Con el objetivo de la paz, mas desde diversas perspectivas, trabajan desde las diplomacias de numerosos estados hasta múltiples organizaciones internacionales. Además de, por supuesto y por antonomasia, los movimientos pacifistas.

31 Antibelicismo y pacifismo en España, a final del siglo XX: VVAA, *En legítima desobediencia. Tres décadas de objeción, insumisión y antimilitarismo*, Proyecto Editorial Traficantes de Sueños, Madrid, 2002.

32 Así, el *Proyecto de paz perpetua para Europa* (1713), de Saint-Pierre, el resumen y comentario del mismo realizados por Rousseau, y *La paz perpetua* (1795), de Kant. Véase: José García Caneiro & Francisco Javier Vidarte, «Los pacifistas», op. cit., pp. 73-83.

33 Recordamos que esos escritos de Saint-Pierre y Kant, sus proyectos o esbozos de paz, tienen como destinatarios (aunque sea en un plano ideal) a los estados.

34 Respectivamente, se podría hablar de: pacifismo «pragmático», o institucional; pacifismo «práctico», o social; y pacifismo «teórico», o filosófico-científico (*Paz, guerra y violencia*, pp. 70-78).

35 Una muestra entre tantas del pluralismo y multilateralismo convergentes en la concepción y construcción de la paz: *Analogía Filosófica*, año XX n°1, México, 2006 (número monográfico sobre la paz, coordinado por Graciano González R. Arnaiz).

En este escenario, en consecuencia, la opción por la guerra pierde fuerza... mas las contiendas no dejaron de producirse. Aunque quizá menos, y con menor virulencia, de lo que habitualmente pensamos. La razón, claro está, no reside sólo en el aumento y la consolidación del rechazo anti-belicista y el convencimiento pacifista en la sociedad occidental, sino en la propia evolución y naturaleza de la guerra contemporánea: su magnitud, sus dimensiones catastróficas constatadas con la Primera y sobre todo con la Segunda Guerra Mundial, la convierten en una vía política altamente peligrosa, poco practicable³⁶.

IV. Las nuevas guerras

En esas condiciones, las propuestas bélicas, para tener (más) perspectivas de éxito entre el pueblo y entre los propios políticos, no pueden ser formuladas sólo en términos realistas. Por un lado, entonces, el realismo político tuvo que ser reforzado, a veces desplazado, por la guerra justa o, incluso, por doctrinas belicistas. Mas, por otro lado, lo que hicieron los dirigentes, políticos y militares, fue cambiar la guerra. En este sentido, cabe decir que, en el ámbito de las democracias occidentales en la segunda mitad del siglo XX, la guerra real fue sustituida por la guerra virtual. Además, esta, que tiene dos formas principales³⁷, se presenta como una iniciativa de paz.

La primera forma es la guerra fría, que es una guerra virtual *in vitro*, una «guerra sin fuego». Sus protagonistas principales fueron las superpotencias, los EEUU y la URSS, con las diferentes alianzas militares a su alrededor. Al disminuir el antagonismo económico-político entre las superpotencias, con la desaparición de la URSS (y el comunismo) y la conversión de Rusia (al liberalismo), se desvaneció, también militarmente, la guerra fría. Dejó paso a otra guerra virtual, la segunda forma. Es una guerra virtual *in vivo*, la «guerra sin bajas». Sus protagonistas eminentes son también las superpotencias. Por comparación con la fría, es, como veremos, una guerra templada.

La guerra virtual «in vitro»

La guerra fría³⁸ es una guerra sin fuego, pero no sin armas. De hecho, se basa en la proliferación, desarrollo y despliegue del armamento nuclear, complementado paralelamente con arsenales convencionales. Ahora bien, según la doctrina de la «disuasión», que preside esta estrategia político-militar, estos armamentos no se destinan a abrir fuego. Antes bien, esas armas son usadas sólo para amenazar al contrario y quebrar así sus propósitos beligerantes, por las terribles consecuencias de una eventual conflagración.

Pero, por su parte, el contrario amenazado, para conjurar el peligro, se rearma y realiza, a su vez, una nueva amenaza, que por lo menos iguala, si no supera, el desafío del oponente³⁹. La situación resultante es el llamado «equilibrio del terror» que es, de hecho, un proceso de sucesión de

36 Norberto Bobbio, *El problema de la guerra y las vías de la paz*, trad. cast. Jorge Binaghi, Gedisa, Barcelona, 1982, 2000 (en especial, pp. 21-94).

37 Guerras virtuales: *Paz, guerra y violencia*, pp. 42-44.

38 Cabría datarla entre 1945 y 1989: desde el final de la Segunda Guerra Mundial (1945), hasta la caída del muro de Berlín (1989). Su último gran avatar lo constituyó la crisis de los euromisiles, en los años ochenta. Un recorrido: Mariano Aguirre, *De Hiroshima a los euromisiles*, Tecnos, Madrid, 1984.

39 Incluso considerando su pretendido efecto propagandístico, resulta curiosa la auto-percepción — auto-presentación — de la URSS en esa dinámica armamentista, militar y política: VVAA, *La paz y el desarme. Investigaciones científicas*, trad. cast. M. Kuznetsov & M. Nebreda, Editorial Progreso, Moscú, 1984.

momentos de desequilibrio. He aquí, por lo tanto, una guerra virtual *in vitro*, que no desemboca en una contienda efectiva por el terror, el temor inhibitor, que ella misma provoca.

Lo que se logra, con todo, no es garantizar la paz, sino retrasar, aparentemente *sine die*, la contienda. Sólo aparentemente, sin embargo, porque la eficacia de la disuasión exige que la amenaza sea verosímil, es decir, que torne la guerra posible. Por esto, y porque cada vez se hace más difícil de controlar, el riesgo de conflagración es creciente. Así, el choque frontal entre las superpotencias puede que se retrase; sin embargo, se multiplican y se recrudecen las contiendas convencionales. Es lo que sucedió a lo largo de la guerra fría: el choque frontal, entre los EEUU y la URSS, no llegó a producirse, pero se propagaron y se endurecieron las conflagraciones entre terceros. O sea, el enfrentamiento indirecto, a través de terceros interpuestos.

La doctrina de la disuasión nuclear, en el sistema del equilibrio del terror, sirvió para evitar, retardándola, la conflagración atómica, pero no ahorra, no evita, sino que propicia los conflictos bélicos convencionales entre terceros⁴⁰. Estas contiendas se producen por dos razones: para dar salida a la carrera de armamentos; y para acompañar con hechos la amenaza nuclear.

Por una parte, la disuasión exige, y provoca, una incesante fabricación de arsenales, que, sin ser empleados, rápidamente se vuelven obsoletos. Las superpotencias rentabilizan estas armas vendiéndolas a terceros, y facilitándoles su uso. De ahí, un interés en no evitar los conflictos: para poder colocar las nuevas remesas de armamentos. Por otra parte, la disuasión también exige que las amenazas sean algo más que palabras belicosas, que vayan acompañadas de acciones bélicas. Las superpotencias, con tal motivo, hacen entonces guerrear a sus peones, mueven sus piezas, se posicionan en los conflictos y contiendas existentes. Cosa que tiene por objeto, como también el tráfico de armamento, asegurar su dominio y/o incrementar su influencia.

En definitiva, la guerra fría mantenía la paz de unos pocos, las superpotencias y sus aliados más próximos, mientras extendía la guerra por todo el mundo. Y a pesar de eso, entre los beneficiarios de la paz, la espiral y el vértigo del terror alimentó el rechazo a la guerra. En efecto, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, se sucedieron las movilizaciones pacifistas contra las contiendas efectivas y también contra la guerra virtual *in vitro*, la guerra sin fuego entre las superpotencias occidentales, los EEUU y la URSS.

La guerra virtual «in vivo»

La guerra sin bajas es también una guerra virtual pero, esta, *in vivo*: se usan las armas, mas no hay muertos (en uno de los bandos, claro). Permanece virtual, por lo tanto, pero sólo para una de las partes. Frente a la fría, viene siendo una guerra «templada» (exactamente, fría para unos y caliente para otros). De este tipo son, por ejemplo, las conflagraciones del Golfo (1991), Kosovo (1999)⁴¹, Chechenia (1999) y Afganistán (2001).

La guerra fría se basaba en la doctrina tradicional acerca de las relaciones internacionales, el principio del equilibrio de poder, transmutado en sistema de equilibrio de terror. La guerra sin bajas se asienta, sin embargo, en el desequilibrio de poder entre las partes contendientes. Ese desequilibrio se traduce en invulnerabilidad para uno de los bandos (el poderoso), frente a la fragilidad

40 Vicenç Fisas Armengol, *Crisis del militarismo y militarización de la crisis*, Fontamara, Barcelona, 1982.

41 En «La guerra de Kosovo y el nuevo orden mundial», Ignacio Ramonet aborda, caracterizándolas en términos semejantes a los apuntados más abajo, esta contienda y la de Chechenia de 1999 (*Guerras del siglo XXI*, trad. cast. José Antonio Soriano, Mondadori, Barcelona, 2002, pp. 125-150).

del otro (prácticamente, impotente). Consiguientemente, la plasmación bélica, de esa diferencia de potencial militar, no es otra cosa que una masacre (mayor o menor)⁴².

A la hora de su realización, la guerra sin bajas implica, por un lado, evitar el choque físico (el cuerpo a cuerpo) con el enemigo y, por otro lado, efectuar una destrucción casi total, no sólo de su fuerza militar sino también de su soporte civil. Para eso, la contienda, por un lado, se libra a distancia, fundamentalmente por medio de bombardeos (con aviones, misiles, cañones). Y, por otro, las acciones bélicas son dirigidas contra todo lo susceptible de uso o utilidad militar, o sea, contra (casi) todo.

Es más, las poblaciones, aun no siendo su objetivo directo, son objeto indirecto del hostigamiento bélico. La muerte les llega, a veces directamente por obra de las armas, pero sobre todo indirectamente, por efecto de la precarización consiguiente a la destrucción (contaminación, pauperización...). Paradójicamente, las fuerzas militares, cuya eliminación se busca, son quienes mejor resisten estas conflagraciones.

Como cualquier contienda, estas pueden tener, además de la guerra misma, diversas finalidades económicas y políticas. Por ejemplo, entre otras cosas, la apropiación y control de recursos naturales⁴³ (o humanos). Pero la guerra en sí misma es un negocio, cuya rentabilidad económica y política resulta, en este caso, asegurada y acrecentada por la invulnerabilidad. Y esta, por otra parte, aproxima la conflagración a la masacre.

Ahora bien, la perspectiva de la masacre obliga a buscar justificaciones, distintas de la seguridad y otros posibles intereses generales y comunes. Por un lado, la seguridad, aunque normalmente se insiste en ella, resulta difícilmente creíble, dado el evidente desequilibrio de fuerzas. Por otro lado, los beneficios (económicos y políticos), aunque normalmente se apuntan, resultan moralmente poco admisibles, por su evidente analogía con prácticas (latrocinio, extorsión...) ampliamente condenadas.

Aún más, la masacre de los impotentes (y luego vencidos) contrasta con la situación de los poderosos y vencedores, que asisten incólumes a las beligerancias y salen indemnes de la contienda. Ese contraste obliga, todavía más, a buscar justificaciones distintas de las ofrecidas por el realismo político. Para eso, se echa mano de la guerra justa⁴⁴ y, aun, de algunas doctrinas belicistas, es decir, de apologías de la guerra. Aunque ya aparecían como complementarias en la guerra fría, estas justificaciones⁴⁵, en especial la doctrina de la guerra justa, conocieron, desde finales del siglo XX, un importante resurgimiento con las guerras templadas.

Guerras nuevas ¿o viejas?

Verdaderamente, lo nuevo de estas guerras *in vitro* e *in vivo* reside en su virtualidad, que sólo es tal para algunos: para una, o más, de las partes contendientes. Para los otros, para los que protagonizan y padecen la beligerancia, no hay virtualidad alguna: estos tienen que enfrentarse con la realidad

42 Documentos del Tribunal contra la Guerra (17-18 de enero de 1992), *La guerra del golfo un año después*, Nueva Utopía, Madrid, 1992 (en especial, pp. 193-200 y 203-214).

43 Michael T. Klare, *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*, trad. cast. J.A. Bravo, Urano, Barcelona, 2003.

44 Michael Walzer, *Guerras justas e injustas: un razonamiento moral con ejemplos históricos*, trad. cast. Tomás Fernández Aúz & Beatriz Eguibar, Paidós, Barcelona, 2001, 2005.

45 Una crítica: Noam Chomsky, *O novo humanismo militar. Lições do Kosovo*, trad. port. Jorge Almeida e Pinho, Campo das Letras, Porto, 2001.

de la guerra. Y esta, en cierto sentido y al fin y al cabo, cambió poco. En esos conflictos bélicos estamos, una y otra vez, ante la vieja guerra: que vuelve, que resurge con una u otra forma.

En más de un sentido, es cierto que la guerra cambió completamente: mudó —mutó— tanto cuantitativa como cualitativamente. La innovación tecnológica experimentada por el armamento nos permite hablar, no sólo de nuevas modalidades bélicas (guerra química, atómica, biológica, etc.), sino de efectos imprevisibles, tan devastadores que nos aproximan, si no nos llevan, a la destrucción total⁴⁶. Ahora bien, justo estas mudanzas confinan —o, más bien, confinaron desde 1945 hasta el momento— la guerra en su naturaleza y dimensiones tradicionales.

Por eso, al fin y al cabo, lo que encontramos en el siglo XXI son, sobre todo, las guerras de siempre, sin duda con formas nuevas⁴⁷, mas dentro de la infinita tipología —la variedad histórica— de las contiendas tradicionales⁴⁸. Sobre todo, porque también registramos novedades, diferencias⁴⁹.

V. Recapitulación, colofón

En este repaso sumario a dos siglos y pico, en esta visión en sesgo, fuimos apuntando las variaciones —las mutaciones— conocidas por las conflagraciones, la dificultad creciente de integrar la guerra en lo político, en concreto en una política entendida en términos realistas, y el surgimiento y desarrollo de una voluntad y una conciencia pacifistas. También fuimos indicando todo aquello que dejábamos al margen o fuera (guerra justa, belicismo, el propio pacifismo, etc.), porque excedía esta intervención, mas que consideramos que no se puede olvidar, o relegar, al enfrentarse a esta problemática de la dialéctica política y moral en torno a la guerra, si se quiere evitar ofrecer una visión, no en sesgo, sino sesgada.

De todas maneras, hay un sesgo —una orientación, un horizonte— que asumimos: que se entiendan nuestras palabras como una llamada a la responsabilidad, como una apuesta por la paz⁵⁰.

46 Paul R. Ehrlich et al., *El frío y las tinieblas: el mundo después de una guerra nuclear*, trad. cast. Ricardo García-Pelayo Novo, Alianza, Madrid, 1986. En esos años, aparecieron varios títulos sobre el «invierno nuclear». Reflejan la tensión entonces existente... y un peligro que no ha desaparecido.

47 «[...] durante los años ochenta y noventa se ha desarrollado un nuevo tipo de violencia organizada —especialmente en África y Europa del Este— propio de la actual era de la globalización. Dicho tipo de violencia lo califico como «nueva guerra». Utilizo el término «nueva» para distinguir estas guerras de las percepciones más comunes sobre la guerra [...]. El término «guerra» lo empleo para subrayar el carácter político de este nuevo tipo de violencia» (Mary Kaldor, *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, trad. cast. María Luisa Rodríguez Tapia, Tusquets, Barcelona, 2001, p. 15).

48 Herfried Münkler, sin negarles su especificidad, compara las nuevas guerras con la guerra de los Treinta Años (*Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*, trad. cast. Carlos Martín Ramírez, Siglo XXI, Madrid, 2005, pp. 1-5).

49 Como el terror global, sea estatal o no estatal: Fernando Reinares, *Terrorismo global*, Taurus-Santillana, Madrid, 2003.

50 Desde la filosofía, por la paz: Vicent Martínez Guzmán, *Filosofía para hacer las paces*, Icaria, Barcelona, 2001.